

Volver al desarrollo

Jaime Ornelas Delgado

Aportes, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, Año XII, Número 36, Septiembre- Diciembre de 2007

El autor reflexiona sobre las posibilidades que ofrece el *desarrollo* como concepto teórico-práctico capaz de permitir a los pueblos latinoamericanos superar la actual transición del neoliberalismo a la sociedad del siglo XXI que empieza a emerger. Esto exige reconceptualizar el desarrollo considerando las condiciones de la globalización y, sobre todo, remontándose a las formulaciones teóricas sobre América Latina y a su desarrollo histórico. Así, la hipótesis del trabajo consiste en considerar que las teorizaciones de los pensadores latinoamericanos han respondido siempre a la necesidad de encontrar los caminos de la transformación social, de ahí que el desarrollo – entendido a veces como progreso y otras como cambio social–, pueda considerarse como uno de los conceptos articuladores del pensamiento latinoamericano.

To Returnt to the Development

The author reflects on the possibilities that the development like theoretical-practical concept capable of allowing the Latin American towns to surpass the present transition of the neoliberalism to the society of the century XXI that begins to emerge. This demands to re-conceptualize the development considering the conditions of the globalization and, mainly, going back to the theoretical formulations on Latin America and to their historical development. Thus, the hypothesis of the work consists of considering that the theorizations of the Latin American thinkers have responded, always, to the necessity to find the ways of the social transformation, for that reason the development –understood sometimes like progress and others like change of articles of incorporation–, can be considered like one of the articulators concepts of the Latin American thought.

El desarrollo no es sólo un proceso de acumulación y aumento de la productividad macroeconómica, sino principalmente el camino de acceso a formas sociales más altas para estimular la creatividad humana y responder a las aspiraciones de la colectividad.
Celso Furtado (2007: 25.)

Introducción

El presente trabajo pretende contribuir al debate sobre la situación actual de América Latina, que ha empezado a abandonar el neoliberalismo impuesto en la mayor parte de los gobiernos de la región desde los años 70 y 80 del siglo pasado. El neoliberalismo se mantiene hasta la fecha en países como Colombia, Perú y México, aunque otros pueblos han empezado a trazar un camino diferente, como es el caso de Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua y el emblemático Cuba, cuyo pueblo persiste, con admirable vigor y convicción, en la construcción del socialismo.

El rechazo al neoliberalismo, sin embargo, no es suficiente para construir la sociedad del futuro. Saber lo que no se quiere es necesario, pero insuficiente, para construir la sociedad del siglo XXI, que requiere definiciones precisas para recoger las aspiraciones sociales y políticas de la población.

A lo largo de las siguientes líneas se ofrecen algunas reflexiones sobre las posibilidades que ofrece el *desarrollo* como concepto teórico-práctico capaz de permitir a nuestros pueblos pensarse a sí mismos y encontrar caminos que les permitan superar, con los menores sacrificios posibles, la actual etapa de transición caracterizada por el creciente abandono de los postulados del Consenso de Washington¹ y construir otros de diferente contenido social, político y económico.

En la reconceptualización del desarro-

¹ El discurso conservador, que explicó la bancarrota fiscal del Estado de Bienestar de los años setenta por los «excesos del gasto gubernamental», se tradujo en una receta que recibió el nombre de Consenso de Washington «por la coincidencia de recomendaciones económicas formuladas por los organismos propulsores de las reformas –principalmente el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM)–, todos ellos domiciliados en la capital de Estados Unidos». La estrategia recomendada por el Consenso de Washington para superar el estatismo y alcanzar los equilibrios macroeconómicos con bajas tasas de inflación, se sustenta en el siguiente decálogo: 1. Disciplina y equilibrio fiscal; 2. Priorizar el gasto público en áreas de alto retorno económico; 3. Reforma tributaria; 4. Tasas positivas de interés fijadas por el mercado; 5. Tipo de cambio competitivo y liberación financiera; 6. Apertura comercial; 7. Apertura total a la inversión extranjera a la que se dará trato de nacional; 8. Privatización de todos los activos públicos; 9. Desregulación de la economía; y 10. Protección a la propiedad privada. (Borón y Gamba, 2004: 133–134 y Vilas, 2000: 35.)

llo, sin duda, resulta indispensable remon-
tarse a las formulaciones teóricas y al desa-
rrollo histórico de América Latina con el
fin de estar en condiciones de enfrentar el
presente neoliberal y construir el camino
que conduzca a un futuro que supere los
problemas estructurales por los que atra-
viesan las sociedades capitalistas latinoame-
ricanas que la han llevado a ser la región
más desigual del mundo.²

La hipótesis que guió la elaboración de
este trabajo, fue la consideración de que las
teorizaciones de los pensadores latinoame-
ricanos han respondido siempre a la necesi-
dad de encontrar los caminos de la trans-
formación social, de ahí que el desarrollo
—entendido a veces como progreso y otras
como cambio social—, pueda ser considera-
do como el concepto articulador del pensa-
miento en América Latina y, en conse-
cuencia, capaz de permitirnos enfrentar los
retos a superar para alcanzar una sociedad
democrática donde impere la igualdad.

Lo anterior significa la necesidad de
redefinir el desarrollo considerando la eta-
pa actual del capitalismo en su fase impe-

² «Según el Banco Mundial, desde que se dispo-
ne de datos sobre los niveles de vida, América Latina
y el Caribe se encuentran entre las regiones del
mundo que presentan la mayor desigualdad. Con
excepción de la parte de África ubicada al sur de
Sahara, esto es válido respecto de casi todos los
indicadores, desde los ingresos o gastos en consumo
hasta la mayoría de los resultados de salud y educa-
ción. (Banco Mundial, *Desigualdad en América La-
tina y el Caribe: ruptura con la historia*, 2003.) En
efecto, mientras la décima parte más rica de la
población de la región percibe 48% del ingreso total,
la décima parte más pobre sólo recibe 1.6%. En
cambio, en los países desarrollados, la décima parte
superior recibe 29.1% del ingreso total, en compara-
ción con el 2.5% de la décima parte inferior». (Cetré,
2006: 35.)

rialista, es decir, bajo las condiciones de la
globalización y superando las visiones ses-
gadas que solamente consideran su parte
económica, soslayando sus dimensiones
sociales. Se trata, en todo caso, de repensar
y reconceptualizar el desarrollo vinculan-
do la economía con la política para volver
a dar así el sentido social original, y que
nunca debió perder, a la economía, activi-
dad que carece de objetivo en sí misma y,
por el contrario, es un proceso social diri-
gido y orientado a erradicar flagelos socia-
les como la pobreza, el desempleo y la
desigualdad, entre otros muchos, orienta-
ción que le fue arrebatada por el pensa-
miento neoliberal.

La preocupación por el futuro determi-
nó el procedimiento metodológico seguido
en la elaboración del presente trabajo: revi-
sar las propuestas teóricas que han disputa-
do la comprensión de la sociedad latinoame-
ricana y la manera cómo se han plantea-
do su transformación; es decir indagar so-
bre las distintas interpretaciones de lo que
ha sido su historia para de ahí atisbar el
camino posible a seguir en la construcción
de la sociedad latinoamericana del presen-
te siglo.

En consecuencia, el trabajo consta de
tres partes: la primera responde a la si-
guiente interrogante: ¿cuáles han sido los
factores fundamentales en los que se ha
sustentado la construcción del conocimien-
to teórico sobre la realidad Latinoamericana?
En la segunda, se avanza en el plantea-
miento de algunos lineamientos que po-
drían contribuir a guiar la construcción del
nuevo concepto de desarrollo que deberá
recoger la historia de los pueblos de nues-
tra región, así como las formulaciones teó-
ricas que de esa realidad histórica han

hecho sus pensadores, y sustentarse en dos pilares: la igualdad y la democracia.

En la parte final, se hacen algunas consideraciones, necesarias para abrir el debate sobre las posibilidades de la teoría y la práctica del desarrollo como instrumento que permita a nuestros pueblos superar la desigualdad social consustancial al capitalismo.

¿Por qué repensar el desarrollo?

Uno de los resultados de la estrategia neoliberal impuesta a las naciones latinoamericanas por los intereses del capital, fue el abandono de los sistemas de seguridad social y el desmantelamiento de las instituciones que daban sentido social a la participación del Estado en la superación de la pobreza y la desigualdad.

En materia económica, se dejó al mercado —esto es, sin ninguna forma de regulación— el proceso de acumulación del capital —que es decir la reproducción del propio sistema capitalista—, que desde entonces se convirtió en el objetivo fundamental y única inquietud de quienes se encargan de controlar y son usufructuarios del modelo neoliberal.

En general, el neoliberalismo en nuestros países ha significado el retiro del tema del desarrollo de la agenda de las preocupaciones nacionales e internacionales. Desde el primer momento, el desarrollo fue sustituido por los problemas que traía consigo la inserción de la economía en la globalización y la elevación de la competitividad. Al mismo tiempo que se dejaron de lado las preocupaciones por el bienestar social y se impuso, como objetivo central del accionar gubernamental, el logro de los equilibrios macroeconómicos, reduciendo

la política fiscal a un mecanismo que se ajustaba pasivamente a los cambios de timón del banco central, que desde entonces ha limitado su accionar al control de la inflación mediante la denominada «política de metas de inflación.»³

Sin embargo, después de un largo periodo de estancamiento económico sin generación de empleo, así como de escasos resultados en la superación de la desigualdad social, en la distribución equitativa de la riqueza y el ingreso, se ha fortalecido la convicción de que América Latina necesita, con urgencia, volver a crecer y reemplazar la modalidad neoliberal por una diferente que dé prioridad al crecimiento económico con creación de empleos bien pagados, procure con firmeza distribuir la riqueza y el ingreso y se superen las condiciones estructurales que determinan la situación de pobreza en la que viven millones de latinoamericanos. En síntesis, ante la situación actual de estancamiento productivo y empobrecimiento creciente, para América Latina crecer, ampliar el empleo y procurar la igualdad en un ambiente democrático participativo, se han

³ «La política monetaria denominada como de ‘metas de inflación’ (IT, Inflation Targeting por sus siglas en inglés) se ha convertido, durante la última década, en el eje de la estrategia monetaria de una importante cantidad de bancos centrales de diversas partes del mundo. Así, por ejemplo, en Latinoamérica varios países han transitado a un régimen de metas de inflación, en donde destacan Brasil (1999), Chile (1990), Perú 1994, Colombia (1999) y México (1999). La política monetaria de metas de inflación implica el compromiso del Banco central para alcanzar una meta u objetivo de tasa de inflación propuesto al principio de año, utilizando para ello el conjunto de instrumentos puestos a su disposición.» (Galindo y Ros, 2005: 82.)

convertido en prioridades de primer orden.⁴

Alcanzar estos objetivos, que desde luego nos enfrentan necesariamente al futuro, significa poner coto al desmantelamiento del Estado y devolverle su necesaria autonomía para resguardar los equilibrios sociales y productivos fundamentales, y al mismo tiempo destrabar el funcionamiento de las instituciones y los instrumentos básicos de la acción gubernamental y de los organismos técnicos dedicados a impulsar la modernización productiva con miras a elevar el bienestar de la población.

Estas consideraciones parecen ser el origen de un hecho significativo: el que en diversos ámbitos, tanto académicos como políticos, haya surgido la convicción de que es preciso volver a la teoría y a la práctica del desarrollo en las condiciones actuales de la globalización capitalista, condiciones que son sustancialmente diferentes a las existentes en el momento del surgimiento de las principales versiones de

⁴ La siguiente información puede permitir ilustrar algunas de las consecuencias sociales que el neoliberalismo ha significado para América Latina: el Producto Interno Bruto por habitante creció en la región únicamente 1.1% anual en promedio entre 1990 y 2005, tasa bajísima que con la década perdida de 1980 acumula ya un cuarto de siglo de semiestancamiento económico y social. En efecto, la población latinoamericana en condiciones de pobreza creció continuamente durante la etapa en que predominaron los gobiernos neoliberales al pasar de 136 millones (40.5% de la población total de la región) en 1980 a 221 millones (44% de la población) en 2002 empezó a disminuir, en términos absolutos y relativos, la población que se encontraba en situación de pobreza, al bajar a 217 millones de personas (42% de la población total) en 2004 y a 209 millones (39.8% de la población latinoamericana) en 2005. (CEPAL, 2007.)

la teoría del desarrollo, allá por los finales de los años cincuenta pero sobre todo en los años sesenta del siglo pasado.

Una nueva visión del desarrollo como teoría y práctica, en la etapa de transición que actualmente vive buena parte de los países de América Latina, deberá ser una construcción participativa que al mismo tiempo de ser la más severa crítica a la sociedad basada en la relación subordinada del trabajo al capital, ofrezca un camino viable por donde transite la transformación de la sociedad capitalista latinoamericana. En otras palabras, una nueva concepción del desarrollo deberá partir de la siguiente convicción: el capitalismo, como modo de producción histórico, sólo puede ser transformado, más allá de cualquier plazo fatal, mediante la dirección social de los procesos sociales que exigen la participación creciente de la población que siempre ha sido excluida de los beneficios del desarrollo, aunque también se haya dicho siempre que era ella la beneficiaria de las políticas puestas en marcha para alcanzar el desarrollo.

El punto de partida para avanzar en esa perspectiva es, en primer término, reconocer que el desarrollo no tiene que ser guiado necesariamente por el aparato gubernamental del Estado. En realidad, resulta una enorme concesión a la ideología neoliberal dominante admitir que el gobierno es el único lugar donde reside el poder. Por el contrario, partimos de que éste —como relación social que es— se extiende por la sociedad civil, los movimientos populares, la educación y el mundo del arte y de la cultura, procesos sociales que originan nuevos modos de pensar, de sentir y de actuar, modificando valores y representa-

ciones ideológicas que pueden permitir la modificación de la correlación de fuerzas que determina quiénes y cómo ejercen el poder en cada momento histórico y como se somete a ese poder al resto de la población.

Se trata, entonces y en buena medida, de rechazar la idea que sostiene que el control del aparato gubernamental es la precondition necesaria para transformar la sociedad. Antes de eso, antes de arrebatar el poder a quienes lo usufructúan en el neoliberalismo la sociedad puede empezar a ser transformada con la participación ciudadana en la construcción de las nuevas formas democráticas de dirección, gestión y acción que serían la respuesta a la vocación antipopular, antidemocrática y excluyente del modelo neoliberal en particular y del capitalismo en general.

Nada surge, sin embargo, de la nada. El presente surge del pasado y el futuro sólo puede construirse en el presente, cuyo potencial de transformación se encuentra ineludiblemente en la historia. De ahí que para repensar el desarrollo sea indispensable revisar la manera cómo hemos visto los latinoamericanos nuestra propia historia, cuáles han sido los anhelos de nuestros pueblos, los realizados y los frustrados, en la media que todos ellos son parte de una historia que no podemos soslayar, ni negar.

Las teorizaciones sobre América Latina

La producción del conocimiento social en América Latina, en general, ha estado marcada por la necesidad de pensar, actuar y comprender las transformaciones de la realidad social y económica de la región; pero las cosas no han quedado ahí, pues la mayor parte de los intelectuales latinoamericanos también ha reflexionado en las

transformaciones que tendrían que ocurrir, o las que se quiere provocar. En todo caso, podemos decir que uno de los ejes más destacados del «modo de teorizar» la realidad latinoamericana ha sido la idea del desarrollo, concepto en el que subyace la noción de cambio social que, en su momento, reemplazó a la antigua idea del progreso.

Bien se puede decir, entonces, que en América Latina desde el siglo XIX ha predominado un pensamiento crítico orientado no sólo a la comprensión de la realidad, sino que en la mayor parte de los casos esa reflexión ha sido llevada hasta sus últimas consecuencias en la búsqueda de explicaciones sobre cómo ha de transformarse la realidad misma.⁵ Aunque conviene decirlo, esa transformación no siempre se encuentre ligada a los intereses emancipatorios de los pueblos.⁶

⁵ Por ejemplo, el escritor y político argentino, Esteban Echeverría (1805–1851), en la etapa temprana de la independencia de su país escribe: «No hay salud, ni futuro feliz, ni sólido progreso para nuestros países sin esta condición: la educación del pueblo, la educación para la vida democrática que debe ser la bandera, el símbolo, la religión social del hombre inteligente de ambas márgenes del Río de la Plata.» (Citado por Crawford, 1966: 24.)

⁶ Otro argentino, Domingo Faustino Sarmiento (1811–1888), veía a los indígenas como «raza prehistórica y servil» y entendía que si algún futuro luminoso podía haber para América Latina estaba vinculado a su pasiva integración con Estados Unidos. Así, escribió Sarmiento en una de sus últimas obras: «La América del Sur se está rezagando y no cumplirá la misión que Dios le ha dado como parte de una civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha hacia delante, que es lo que algunos nos hemos propuesto hacer. Alcance-mos a los Estados Unidos. Seamos América, como el mar es el océano. Seamos los Estados Unidos.» (Crawford, 1966: 58–59.)

De esta manera, la historia de Latinoamérica puede definirse como ruptura y negación. En México, por ejemplo escribe Octavio Paz (1994: 96), a lo largo del siglo XIX:

Si la Independencia corta los lazos políticos que nos unían a España, la Reforma niega que la nación mexicana, en tanto que proyecto histórico, continúe la tradición colonial. Juárez y su gente fundaron un Estado cuyos ideales son distintos a los que animaban a Nueva España o a las sociedades precortesianas. El Estado mexicano proclama una concepción universal y abstracta del hombre: la República no está compuesta por criollos, indios y mestizos [...] como especificaban las Leyes de Indias, sino por hombres a secas y a solas»

Más tarde, a lo largo del siglo XX América Latina vivirá tres periodos claramente diferenciados: en el primero, prácticamente una extensión del siglo XIX, predominaron las economías agroexportadoras, apoyadas en el concepto de las ventajas comparativas. A estos modelos de acumulación correspondieron regímenes políticos oligárquicos, en los cuales las distintas fracciones de las élites económicas se disputaban la apropiación del Estado; «y a partir de allí de los recursos de exportación y del comercio exterior en general.» (Sader, 2006: 101.)

En el segundo periodo, que se inicia con la crisis general del capitalismo de 1929–32, buena parte de los países latinoamericanos emprendieron una política –teorizada más tarde por la CEPAL con el nombre de «industrialización sustitutiva de importaciones»–, que si bien fortaleció el poder de

las burguesías locales también agudizó su dependencia de los centros del poder financiero, generalizando en los países periféricos una economía *heterogénea y especializada*, en tanto coexisten en ellas unas cuantas actividades en las cuales la productividad del trabajo es relativamente elevada con sectores donde la productividad es muy baja debido al atraso tecnológico.⁷

Su especialización está determinada por el hecho de que la actividad exportadora se concentra en pocos bienes primarios y, además, carece de muchos sectores existentes en las economías de los países centrales, donde la técnica se ha difundido con amplitud. A cambio, en las economías metropolitanas se consolida una economía diversificada, en cuanto los sectores productivos que comprende, pero homogénea en su productividad.

Este periodo tendrá su culminación en la Revolución Cubana, la primera opción socialista triunfante en la región. Al mismo tiempo, se inicia el ciclo de las dictaduras militares con el golpe de estado en Brasil contra Joao Goulart en 1964 y que se expanden por todo el Cono Sur con Videla en Argentina, Augusto Pinochet en Chile y Hugo Banzer en Bolivia, que terminaron en un rotundo y evidente fracaso. Todas estas dictaduras, apoyadas siempre por Washington, tuvieron como característica, advierte Vitale (1979: 57), que no se pre-

⁷ «La tesis de la industrialización sustitutiva de importaciones representó un elemento básico en la ideología desarrollista, cuyo epígono fue la CEPAL; el trabajo clásico en este sentido es el de María da Concepción Tavares, sobre la industrialización brasileña, publicado en marzo de 1964.» (Marini, 1977: 55.)

sentan como defensoras de viejo pasado oligárquico terrateniente, sino como propulsores del «progreso industrial» y la modernización de sus países. Son, entonces: «Agentes de la burguesía dependiente y, fundamentalmente, de los nuevos planes del imperialismo yanqui, expresados en la política ‘desarrollista’.»

De esta manera, al concluir este periodo se presentará la disputa política fundamentalmente entre dos proyectos políticos diferentes: la opción socialista representada por el ascenso de la lucha popular revolucionaria estimulada por el triunfo histórico de la revolución Cubana y el que enarbolaron los militares, cuyos gobiernos dictatoriales surgieron para, ya sea para aplastar el ascenso revolucionario de los pueblos o para, derrocar a los gobiernos que acusaban de «populistas» y reformistas, cuyas políticas redistributivas atentaban contra el poder de las burguesías locales. Ambos proyectos, «Disputaban el espacio dejado por el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones en el plano económico, y por las crisis de los regímenes democrático-liberales, con golpes militares en varios países, en especial en el Cono Sur latinoamericano.» (Sader, 2006: 104.)

El tercer periodo, se inicia en los años setenta y tiene como característica la rápida disminución de la intervención del Estado de la economía, generalizada en el periodo anterior: «Desde el comienzo de la década de los ochenta cobró carta de naturalización en América Latina una política económica que postula como meta principal reducir significativamente la inflación sosteniendo que para ello era necesario lograr el equilibrio de las finanzas públicas.» (Vidal y Guillén, 2007: 11.)

La crisis fiscal y de la deuda del Estado de Bienestar, facilitaron el discurso anties-tatista y permitieron someter a las naciones latinoamericanas a los postulados neoliberales impuestos por el Consenso de Washington y que, ahora entrando al siglo XXI, después de dos décadas y media de inoperancia han empezado a provocar el ascenso y reorganización del movimiento popular.

De los cambios ocurridos en América Latina a lo largo del siglo XX, da testimonio una amplia bibliografía que evidencia la vocación latinoamericana de comprender y transformar. En efecto, las elaboraciones teóricas van desde la corriente funcionalista que concibe la realidad latinoamericana como una transición de lo tradicional a lo moderno; o la escuela cepalina-estructuralista que se interroga sobre aquellas estructuras que impiden la transformación productiva de la región y la dependencia de los países periféricos hacia los centrales; pasando por el pensamiento de los marxistas—incluidos los dependentistas que cuestionan las posibilidades de un desarrollo propio para América Latina—, que teorizaron sobre la modalidad adquirida por el desarrollo del capitalismo y concluyen planteando la vía de su transformación revolucionaria con lo que el desarrollo se entiende como liberación popular; hasta los actuales apologistas del neoliberalismo que proclaman la necesidad de integración subordinada para participar de los supuestos «beneficios» que trae consigo un mundo «globalizado», posturas que han encontrado respuesta en el zapatismo mexicano, los sin tierra brasileños y, en general, de los movimientos emergentes indígenas, que vinculados al movimiento popular-ciudadano y las nuevas reflexiones sobre la viabi-

lidad del socialismo en nuestras tierras, empiezan a perfilar una fuerza que aún no mide, ni llega, a su máxima expresión.

En busca de los orígenes

Las diferentes formas teóricas de aprehender la realidad latinoamericana han entremezclado la *violencia*, en cuanto se acude a los orígenes de nuestra región como realidad social creada a partir del hecho violento de la conquista; la *utopía* –entendida como el lugar a donde se quiere llegar–, que atisba el horizonte para saber hacia donde se dirigen los esfuerzos de la movilización social y del conocimiento que la guía y forja la sociedad deseada colectivamente; y la *ideología*, en la medida que la construcción teórica responde a intereses, ya sea de alguna o algunas de las clases sociales, o fracciones de ellas, que pretenden dirigir las fuerzas del cambio. (Ramírez, 1997: 103.)

Latinoamérica, en todo caso, es una construcción teórica de quienes la conquistaron y de quienes fueron conquistados; de la lucha permanente entre quienes han intentado terminar con la explotación y la desigualdad y de quienes las han sostenido y reforzado; así como por los explotados y los explotadores que se han confrontado en cada momento histórico a través de sus distintos proyectos de sociedad; al mismo tiempo, se puede decir que la realidad latinoamericana constituye la cristalización de la expansión del capitalismo europeo y de su cultura como «forma de realización de Occidente».

En todo caso, América Latina se debe entender como una realidad total múltiple, compleja y contradictoria donde se funden lo interno y lo externo, lo cual marca las

líneas –dentro de lo diverso– de una historia común caracterizada por la explotación –o la pretensión de explotar– su fuerza de trabajo y expoliar sus recursos naturales por parte de la fracción del capital que, en cada momento, ha comandado la expansión capitalista de sus dominadores españoles, portugueses, ingleses o norteamericanos, la mayor parte de las veces apoyándose en ciertos sectores de las burguesías nacionales.⁸

Se puede decir entonces que América Latina se ha construido –tanto su realidad como la teoría que la interpreta–, a partir de una combinación entre lo endógeno y lo exógeno y que, tanto en los hechos como en el pensamiento, ha logrado crear una unidad de lo diverso a partir de un acto violento –la conquista española–, que impuso una forma de organización social, estatal, así como una lengua, una religión y una cultura hegemónicas que dan cuenta de una cierta unidad.⁹ Sin embargo, la con-

⁸ Sin duda, algunas veces esa relación de dominación se quiebra y se suscitan conflictos internos encabezados, desde posiciones nacionalistas, por las burguesías autóctonas que se apropian del movimiento popular y le dan un carácter anti imperialista desplazando la contradicción fundamental del interior –burguesía–proletariado– hacia el exterior –la nación contra el imperialismo. En ocasiones, algunos sectores militares se unen a las luchas nacionalistas y dan lugar a regímenes como el de Jacobo Arbenz en Guatemala (1951–54), Juan Velasco Alvarado en Perú (1969–75) y el de Juan José Torres en Bolivia (1970–71), cuyos gobiernos –tildados desde populistas hasta socialistas–, fueron derribados por conjuras alentadas, patrocinadas y culminadas por el gobierno de Estados Unidos en beneficio de los dueños del capital norteamericano y la «normalidad democrática.»

⁹ «La Conquista, advierte Octavio Paz, (1994: 109), es un hecho histórico destinado a crear una

quista generó también lo diverso debido a que el coloniaje español especializó productivamente a cada una de las colonias y produjo una serie de culturas donde se mezcla, con mayor o menor intensidad, lo español con lo indígena y lo africano.

En esta visión, el elemento externo –la conquista– es el acto fundador de América Latina, cuyo origen conceptual es el mito que orientó la conquista, referido a un *nuevo mundo europeo* enfrentado a los problemas morales e intelectuales que por entonces vivía Europa. Los españoles conquistadores, se lanzaron al encuentro de un nuevo mundo y de un paraíso que se había perdido, así como a la búsqueda del «bien y la verdad» que se difuminaban en Europa. De esta manera, la construcción del concepto de América Latina surge como crítica de la sociedad europea, pero con la mira de acceder a la sociedad soñada que estaba dejando de existir en el viejo continente.

La herencia europea al pensamiento social latinoamericano, fue la del mito fundacional, la utopía de forjar una sociedad que fuera expresión de los nuevos vientos burgueses que corrían por Europa y que permitiera superar la persistencia del feudalismo en la Península Ibérica, que terminaba por impedir la generalización de la cultura renacentista que propulsaba el surgimiento del modo de producción capitalista; asimismo, los europeos aportaron una ideología del cambio, de una ruptura empeñada en alcanzar un mundo distinto que reafirmara lo que se quiere ser.

unidad de la pluralidad cultural y política precortesiana. Frente a la variedad de razas, lenguas, tendencias y Estados del mundo prehispánico, los españoles postulan un solo idioma, una sola fe, un solo Señor».

¿De qué manera se integran el mito, la utopía y la ideología en la reflexión científica de la realidad de latinoamericana? La respuesta a esta interrogante, se encuentra en las tareas que se imponen en cada momento histórico las clases sociales de las naciones latinoamericanas para conducir los procesos de cambio social que se asumen como una necesaria ruptura con el pasado, como una transición hacia lo nuevo. De este modo, el presente es de lucha por el cambio y la transformación social, cambio que siempre se trunca, lo que hace imprescindible volver la mirada al pasado para preguntarse sobre los factores derivados de los orígenes de América Latina que impiden alcanzar la «ilustración y la civilización» de los países más avanzados de Europa, que en siglo XIX proclaman como vía indispensable de la modernización la industrialización, punto de partida en el siglo XX para acceder a un capitalismo desarrollado.

En otros casos, desde finales del siglo XIX surgen las corrientes que reconocen al socialismo como realización de la utopía, aunque será a principios de la segunda mitad del siglo XX cuando el movimiento popular, en buena parte de los países de la región, asuma la convicción del socialismo como posibilidad real para salir del atraso, la dependencia y el subdesarrollo. En todo caso, la postura ideológica que se asuma dependerá de cómo se piense el futuro: si capitalista o socialista.

Así, se codifica el pasado para legitimar la acción del presente, para el primer caso –alcanzar el *status* de país capitalista desarrollado–, se plantea educar a los trabajadores y transformar la estructura productiva sin superar los marcos del modo de

producción capitalista; para el segundo –el deseo de acceder a una sociedad socialista–, se propone la modificación de las relaciones de explotación, transformando revolucionariamente el modo de producción capitalista y construyendo una sociedad justa y equitativa bajo la dirección del proletariado emergente con la incipiente industrialización.

En el fondo, en ambos casos, se plantea lograr el desarrollo aunque en la segunda mitad del siglo xx los economistas neoclásicos dieron al concepto un sesgo economicista restringido al crecimiento de la economía mediante la industrialización, ante lo cual las corrientes del socialismo cuestionaran la opción desarrollista, y al desarrollo mismo, por considerarlos propuestas reformistas que desviaba la lucha anticapitalista de los trabajadores de sus objetivos socialistas.

Finalmente, la aceptación del origen de América Latina como un acto de violenta conquista, ha permitido explicar y determinar teóricamente sus posibilidades y el tipo de desarrollo a seguir.

Una de esas alternativas conceptuales, advierte que América Latina nunca fue feudal sino que emergió capitalista, puesto que sus orígenes se inscriben en el proceso de expansión del capitalismo por el mundo. Este modo de inserción en la economía mundial, condiciona e impone los límites a su desarrollo.¹⁰ Lo que sí es cierto es que la

¹⁰ «El hecho de que se generara una economía agro-minera exportadora, y que las colonias quedarán integradas al mercado mundial capitalista en formación, iba contra toda tentativa de implantar un régimen feudal desde el comienzo de la conquista española. América Latina fue abruptamente incorporada al mercado mundial en formación y contribuyó

llegada de los europeos a las tierras de lo que hoy es Latinoamérica, truncó una posibilidad diferente de desarrollo y sociedad, vislumbrada recientemente por las reivindicaciones de las culturas indígenas,¹¹ lo que también le da una peculiaridad a «nuestro» capitalismo.

América Latina, sin duda, ha sido importante fuente de creación teórica sobre su propia realidad y las vías de su transformación, todas ellas, desde el funcional-institucionalismo o el estructuralismo cepalino hasta el marxismo, son las fuentes indispensables para construir un concepto de desarrollo que mantenga la añeja tradición latinoamericana de hacerlo pensando en el cambio de una sociedad que, hoy como nunca, requiere ser radicalmente transformada para empezar a resolver sus problemas seculares: la pobreza, la desigualdad y la falta de democracia.

Repensar el desarrollo.

Como se apuntó, la noción del desarrollo limitada a su parte económica, es decir, al crecimiento y la distribución del ingreso, sin contemplar las necesidades sociales dentro de la estrategia económica nacional sino apenas como parte de una política social sectorial, prevaleció en Latinoamé-

con sus metales preciosos al desarrollo del capitalismo europeo.». (Vitale, 1979: 13–23.)

¹¹ Tal es el caso de la emergencia de nuevos actores sociales como el zapatismo en México, que no confunden su propio poder con el poder del Estado y, menos aún, con el estado del poder en América Latina. Y es tal vez por eso mismo que los zapatistas no se desesperan por «tomar el cielo por asalto», ni por transitar senderos electorales para acceder al poder. Los zapatistas sólo «hacen camino al andar» y, a la vez, aprenden a «mandar obedeciendo».

rica varias décadas después de concluida la Segunda Guerra Mundial.

Al hacerse proyecto político hegemónico el neoliberalismo, en los años 80 del siglo pasado, se profundiza la separación entre la economía y la política mediante la privatización de los bienes nacionales y la mercantilización de la dotación de los servicios públicos, reforzándose las políticas sociales sectoriales y aisladas.

Esto ha significado que las autoridades encargadas de la conducción de los aparatos gubernamentales económicos, no reconozcan la existencia de una relación directa entre la estructura económica y la pobreza, cuyas causas no se entienden como resultado de la organización económica sino que se atribuyen a la incapacidad de los pobres para aprovechar las *oportunidades* que ofrece el mercado, esto significa que las causas determinantes de la pobreza —o dicho de otra manera, la falta de bienestar—, no se encuentran en los aspectos estructurales de la economía, sino en otros ámbitos tales como la actitud personal negligente ante la vida, la falta de capacitación y adiestramiento laboral, o la carencia de salud, factores todos que, solos o unidos, impiden a las personas incorporarse al mercado laboral, o al de bienes y servicios de consumo. Esto significa culpar a los pobres de la pobreza en que viven, por eso las políticas enfatizan la atención individual y soslayan los aspectos sociales determinantes de la pobreza.

En esta visión, la pobreza no surge de las relaciones capitalistas de producción y se profundiza en su modalidad neoliberal, sino que es originada por una especie de apatía que agobia a las personas pobres, pues esa actitud les impide aprovechar las

oportunidades que brindada el mercado, oportunidades en cambio aprovechadas por quienes llegan a «triunfar en la vida», con lo cual se pretende demostrar que el capitalismo de ninguna manera resulta ser el responsable de la inequitativa distribución de la riqueza o de la pobreza.¹²

Al no reconocerse una relación directa entre la estructura económica y la equidad social, los gobiernos neoliberales han abordado los problemas del crecimiento económico y del abatimiento de la pobreza siguiendo una línea teórica que propone políticas distintas para enfrentar ambos problemas: para el primer caso, el crecimiento se ubica estrictamente en el ámbito de la economía y es, más bien, un problema técnico reducido al logro de los equilibrios de algunas variables macroeconómicas sin nada que ver con la estructura económica; por su parte, al combate a la pobreza los gobiernos neoliberales han aplicado una política doblemente focalizada: la identificación de la población extremadamente pobre y su ubicación en las regiones donde se asientan las familias que viven en condiciones de pobreza extrema.¹³

¹² En relación con la distribución del ingreso y la pobreza, los economistas neoliberales sostienen: «El problema de la pobreza, que no es el de la desigual distribución del ingreso, por más que la mayoría de los pobretólogos insistan en ello, sino el de la incapacidad de los pobres para, por medio de un trabajo productivo, generar un ingreso suficiente.» (Damm, 2006: 28.)

¹³ De acuerdo con esta política, el gobierno simplemente transfiere de manera directa recursos fiscales a las familias en extrema pobreza, sin alterar las condiciones estructurales que condicionan la pobreza misma, pues al identificarse a los pobres como la población que no participa del mercado, para superar esa situación el gobierno procura aumentar el ingreso de los pobres para que puedan

Los hechos, sin embargo muestran que la desigualdad y la pobreza no pueden erradicarse simplemente con la transferencia de recursos fiscales a la población más pobre, tal como lo hace la estrategia neoliberal, o con meras ayudas filantrópicas, que dejan intactas las causas estructurales que la ocasionan, en todo caso: «La lucha contra la pobreza y por el florecimiento humano, como muestra la evidencia [...] no puede ser una tarea exclusiva de la política social», es indispensable vincularla con los cambios estructurales en las relaciones sociales de producción. (Boltvnik, 2006: 42.)

Por esta razón, el desarrollo económico no sólo implica el cambio de política económica sino que, fundamentalmente, exige un proceso social de transformación de la estructura económica prevaleciente, con mayor urgencia si ésta impide mejorar la distribución de la riqueza y el ingreso, o es el obstáculo central para alcanzar el bienestar social.

En resumen, si bien el crecimiento económico y la distribución del ingreso en favor de los sectores más pobres de la sociedad resultan condición necesaria para avanzar en la mejoría del bienestar social, son insuficientes si se quiere hablar de mejoramiento del bienestar general de la sociedad, pues en realidad el bienestar personal y social es más que la mera dispo-

incorporarse al mercado de bienes y servicios, o capacitarlos y adiestrarlos en el sistema educativo formal para satisfacer la demanda del mercado laboral. Esta estrategia de combate a la pobreza se inició en México en 1988 durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari con el «Programa Nacional de Solidaridad» y se mantiene hasta la fecha, con el mismo sustento teórico, con el de «Oportunidades».

sición de ingreso monetario que convierta a los pobres en consumidores.

En busca del desarrollo perdido

El propósito de esta parte es aportar algunos elementos necesarios para intentar reconceptualizar el desarrollo. En este caso, el reto no es solamente alcanzar una definición teórica que reconozca al desarrollo como un proceso social,¹⁴ sino también construir una idea del desarrollo que el movimiento popular asuma como propia para conducirlo y dirigirlo hacia el cumplimiento de los objetivos políticos y económicos que la sociedad misma determine a través de un proceso democrático, convertido en la esencia del desarrollo.

Existen diversas concepciones del desarrollo. Las más extendidas, lo identifican exclusivamente con el crecimiento del valor de la producción económica. Sin embargo, a esto se le puede llamar «crecimiento económico» y no «desarrollo económico-social», en tanto que el crecimiento económico no necesariamente mejora las condiciones de bienestar de los sectores mayoritarios de la población y a veces, incluso, tiende a empobrecerlos.

La visión del desarrollo reducida y confundida con el mero crecimiento económico, prevaleció desde el final de la Segunda

¹⁴ En América Latina, las políticas de desarrollo, que se inician desde los años cincuenta del siglo pasado, tuvieron siempre dos protagonistas: el gobierno nacional (a veces el estatal y casi nunca el municipal) y el capital privado nacional y extranjero, sostenidos por las instituciones del Consenso de Washington. De lo que ahora se trata es que la sociedad real—no aquella que se inventa para atraerla a las agencias de desarrollo y simular así formas de gestión democráticas inexistentes—, asuma el protagonismo central del desarrollo.

Guerra Mundial hasta la década de los setenta. A lo largo de ese periodo, los gobiernos latinoamericanos se fijaron como objetivo fundamental el crecimiento sostenido de la economía en el largo plazo, enfatizando además que la industrialización era la actividad de mayor productividad y la que más valor agregado aportaba a la producción nacional. De esta manera la industrialización se identificó como la forma más rápida de resolver el problema del crecimiento, superar la pobreza y disminuir la inequidad social, imponiéndose así la estrategia de «industrialización a toda costa» impulsada por la política de sustitución de importaciones y la protección gubernamental.

En el primer periodo de la historia de América Latina, por importante que haya sido la actividad industrial en países como Argentina, México o Brasil en el seno de la economía exportadora, nunca llegó a conformarse una verdadera economía industrial, en el sentido de que definiera el carácter y el orientación de la acumulación de capital y que acarrearía un cambio cualitativo en desarrollo económico de esos países. En realidad, tal y como señala Marín (1977: 56):

Es tan sólo cuando la crisis de la economía capitalista internacional, correspondiente al periodo que media entre la primera y la segunda guerras mundiales, obstaculiza la acumulación basada en la producción para el mercado externo, que el eje de la acumulación se desplaza hacia la industria, dando origen a la moderna economía industrial.

La experiencia obtenida en este lapso significó reconocer que, aun en economías con crecimiento económico, si la distribu-

ción del ingreso era regresiva, esto es, si el ingreso se concentra en los sectores sociales que ya de por sí se apoderan de la mayor parte de la riqueza nacional se acentúa la pobreza, entonces no se podía hablar de desarrollo social pues la pobreza se incrementaba a pesar del crecimiento económico que terminaba por beneficiar a los sectores sociales minoritarios.

Otras veces, el crecimiento económico transcurría sin cambios sustanciales en la distribución del ingreso, es decir, si el ingreso de todos los sectores se mantenía igual que al principio, o aumentaba en la misma proporción en todos los sectores sociales, nada cambiaba, se mantenía la inequidad y las diferencias sociales del comienzo del proceso, lo que tampoco podía considerarse como desarrollo social.

De esta manera, sólo cuando el crecimiento se acompaña de una política de distribución a favor de la población de más bajo ingreso, esto es, si junto con el crecimiento transcurre un proceso de distribución que mejora el ingreso real de los trabajadores de la ciudad y el campo, entonces efectivamente se reduce la pobreza, aunque sea sólo aquella vinculada al ingreso, esto es, sin considerar las otras dimensiones sociales de la pobreza.

Si bien, entonces se debe partir de que para lograr el desarrollo social es indispensable elevar el ingreso de los sectores mayoritarios de la población, es necesario también considerar que la pobreza no sólo se refiere a la exclusión de la población del mercado de bienes y servicios, exclusión que efectivamente puede resolverse con incrementos en el ingreso real, sino que para hablar de desarrollo es indispensable considerar no sólo el ingreso monetario,

sino otras muchas cuestiones que atienden al bienestar social, como pueden ser, entre otros: el acceso a la salud preventiva y la educación formadora y libradora; la igualdad de género; la disposición de vivienda digna; el abasto suficiente, oportuno y barato de alimentos; el derecho al ocio y a la seguridad social, a la dotación de los servicios urbanos –agua potable, drenaje, recolección y disposición segura e higiénica de los desechos sólidos, alumbrado público, seguridad recreación, por mencionar algunos– sin exclusiones, así como un ambiente político democrático e incluyente y la sustentabilidad que impida el deterioro del ambiente y la destrucción de los recursos naturales.

Dicho de otra manera, el proceso de desarrollo debe tener, ahora, como una de sus características básicas la redistribución del ingreso real mediante las políticas fiscal y de inversión pública en infraestructura social; esta política, además, debe acompañarse de acciones concertadas con la población tendientes a solucionar los problemas de la desigualdad y la pobreza, pues una sociedad no supera esas situaciones cambiando únicamente la forma como se distribuye el ingreso, aún cuando esto ocurra en favor de los sectores de más bajo ingreso, pues además de esto, que es indispensable, el desarrollo social debe comprenderse vinculado al bienestar general de la sociedad, es decir, debe ser concebido como un proceso social de mejoramiento constante de las condiciones generales de vida de la población, lo que significa superar no sólo los síntomas de la pobreza sino las causas estructurales que la determinan.

En síntesis, lograr el bienestar social no solamente depende de superar la carencia

de ingreso, esto es, la imposibilidad de acceder al mercado de consumo, sino que depende también de otros factores como la insatisfacción total o parcial de los componentes del bienestar señalados antes, o su desigual distribución en la sociedad. Esta insatisfacción configura sin duda la situación de pobreza e inequidad social que no supera el mero incremento del ingreso familiar o personal.¹⁵

Ahora bien, para que el desarrollo pueda contribuir a satisfacer las necesidades de la sociedad la estrategia económica debe incorporar como propios los objetivos y las metas del bienestar social. El propósito explícito de esta estrategia económico-social, sería reencontrar a la economía con la política, sometiendo la razón económica a la social.

¹⁵ La Organización de las Naciones Unidas, considera a la pobreza como un fenómeno multidimensional. Esta concepción fue plasmada en los llamados «Objetivos del Milenio», acuerdo alcanzado por los gobiernos de los países pertenecientes a la ONU para reducir la pobreza entre 1985 y 2015. Los objetivos iniciales fueron siete: 1) disminuir en la mitad, tanto el porcentaje de personas cuyos ingresos son inferiores a un dólar como el de las personas que padecen hambre; 2) universalizar la educación primaria; 3) promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer; 4) reducir en dos terceras partes la tasa de mortalidad de los niños menores de cinco años; 5) reducir la tasa de mortalidad materna en tres cuartas partes; 6) detener y comenzar a reducir la propagación del VIH/SIDA; y 7) incorporar los principios del desarrollo sustentable en las políticas y programas nacionales, reducir a la mitad el porcentaje de personas que carecen de agua potable y mejorar considerablemente la vida de por o lo menos 100 millones de habitantes de tugorios. Más tarde, se agregó un octavo objetivo más a tono con la ideología neoliberal prevaleciente; «Aumentar la asistencial social para el desarrollo y ampliar el acceso al mercado.» (Banco Mundial, 2003: 2.)

Sin embargo, en el enfoque sectorial de la política gubernamental predominante en América Latina a lo largo de la posguerra y hasta la década de los setenta del siglo pasado, el logro de mayores niveles de empleo e ingreso, así como la mejoría constante del bienestar social, se mantuvieron subordinados a los objetivos del crecimiento económico, cuya prioridad significó por un lado soslayar los otros factores del desarrollo y, por el otro, la imposición del mercado como límite a la satisfacción de las necesidades sociales (esto es, lo que no pueda satisfacer el mercado queda sin satisfacerse). (Jusidman, 1996: 11.)

La nueva propuesta del desarrollo, en cambio, debe asumir este proceso como eminentemente social a través del cual una economía incapaz en un momento dado de abatir los déficits en materia de bienestar social y donde el ingreso se concentra en los sectores de mayor ingreso, se transforma en otra donde se incrementa de manera permanente la producción y el ingreso real de las familias pertenecientes a los sectores de más bajo ingreso y se universaliza el derecho a la seguridad social dentro de una estrategia económica que integra, como propios, objetivos y metas sociales tendientes a eliminar la desigualdad, la exclusión y la desintegración social.

En todo caso, para poder hablar de desarrollo resulta imprescindible acompañar a la distribución del ingreso a favor de los receptores de sueldos y salarios, del mejoramiento permanente de la dotación y calidad de aquellos servicios y satisfactores cuya consecución no puede depender sólo del ingreso, es decir, del mercado pues esto termina por acentuar la desigualdad, sino que deben ser proveídos por el aparato

gubernamental (agua potable, drenaje o alumbrado público, entre otros), o los que el propio movimiento social logra con su acción: la sustentabilidad y la democracia.

Si esto es así, conviene reflexionar las razones de plantear la necesidad de aportar algunos elementos que ayuden a comprender el contexto general donde se ubicaría el desarrollo económico y social, así como a su redefinición como proceso social que integra a la economía con la política.

Papel del Estado

Durante las dos últimas décadas del siglo pasado hubo cambios trascendentes en la economía mundial, que pueden resumirse en la imposición del mercado como forma de funcionamiento de la economía y la disminución de la intervención directa e indirecta del Estado en la economía.

Paralelamente, la imposición del mercado como forma de funcionamiento de la economía significó el abandono «de las funciones estatales que jugaban un papel decisivo para mantener la estabilidad política, encausar los conflictos sociales y fortalecer el mercado interno» (Cordera y Lomelí, 2005: 21), es decir, bajo el neoliberalismo se ha perdido la mayor parte de los instrumentos necesarios para impulsar el desarrollo económico social que, por sí mismo, el mercado es incapaz de realizar pues su funcionamiento nada tiene que ver con la equidad o la distribución equitativa de la riqueza y el ingreso.

Una vez concretadas las reformas estructurales de orientación al mercado, iniciadas en los años setenta del siglo XX en América Latina, no sólo el crecimiento se convirtió en mera nostalgia sino que tampoco ha quedado plenamente demostrado

que al retiro del Estado de la actividad económica los agentes privados respondan más eficazmente a las nuevas condiciones de la acumulación, tal y como sostenían – y sostienen– los promotores de las reformas y, mucho menos, se ha hecho fehaciente que los recursos productivos se asignen ahora con mayor eficiencia que antes. El mercado no es siempre el mecanismo más eficiente para asignar los recursos de inversión, particularmente si se trata de cuestiones vinculadas con el bienestar social.

Lo anterior ha significado que, actualmente, la modalidad del capitalismo sustentada en la economía de mercado –impuesta para modificar la pauta de desarrollo económico basada en la sustitución de importaciones, la protección y la intervención gubernamental en la actividad productiva–, atraviase en Latinoamérica por una severa crisis de legitimidad derivada de su manifiesta incapacidad para avanzar en la resolución de los problemas que más afectan a la población, entre otros: el crecimiento, la pobreza, el desempleo y la distribución del ingreso.

Esta situación, sin duda, hace indispensable renovar la teoría del desarrollo para ajustarla a los tiempos que corren, a los tiempos de la globalización asumida como la fase actual bajo la que se desenvuelve el capitalismo mundial, y definir la senda de la transformación económica que permita mejorar el bienestar de la población.

Junto con ello, conviene revalorar la capacidad del Estado para actuar en busca del desarrollo y superar la situación actual de estancamiento e inequidad en la distribución del ingreso que caracteriza actualmente a muchos países de América Latina que no han logrado emprender un camino

alternativo al impuesto por el Consenso de Washington.

Lo anterior implica abrir el debate sobre la agenda del desarrollo en condiciones de una política democrática –sin saltos al pasado autoritario que en América Latina ha sido trágico–, que logre construir un amplio consenso en torno a sus objetivos y la necesaria congruencia con los instrumentos seleccionados para alcanzarlos.

Consideraciones finales

La actual situación económica y social en América Latina ha puesto en la agenda política de los pueblos de la región la búsqueda de una opción, que recogiendo la tradición del pensamiento latinoamericano, permita superar la modalidad neoliberal del capitalismo cuya crisis de legitimidad tiene su origen en un lento crecimiento económico, el creciente desempleo y la persistencia de elevados niveles de pobreza, factores que, entre otros, han provocado el ascenso del movimiento popular.

La necesidad de solventar esta situación y mirar al futuro hace necesario considerar al desarrollo no únicamente como concepto, sino también como un proceso social viable que considere la nueva realidad de la región, caracterizada por la creciente participación de distintos sectores de la sociedad en procesos frente a los cuales hasta hace poco tiempo permanecían ajenos o expectantes.

La reconceptualización del desarrollo, ahora, tiene que ajustarse a los tiempos de la globalización asumida como la fase actual del capitalismo financiero mundial, y definir la senda de la transformación económica que permita mejorar el bienestar de la población.

El desarrollo, en consecuencia, deberá sustentarse en el impulso popular a una política económica-social cuya prioridad sea sostener el crecimiento económico y elevar de manera sostenida el bienestar de la población; sin perder de vista la posibilidad de que este proceso social pueda ser el inicio de la construcción de una sociedad distinta, aquella que puede surgir de la transformación del modo de producción capitalista.

Junto con ello, conviene revalorar la capacidad del Estado para actuar en busca del desarrollo y superar la situación actual de estancamiento e inequidad en la distribución del ingreso, que caracteriza actualmente a la economía latinoamericana como la más desigual del mundo. Esto implica abrir el debate sobre la agenda del desarrollo en condiciones de una política democrática, sin exclusiones, que logre construir consensos amplios en torno a sus objetivos y su congruencia con los instrumentos seleccionados para alcanzarlos.

En todo caso, la compleja problemática provocada por la impotencia estratégica del neoliberalismo para impulsar el crecimiento económico y el bienestar social, exige sin duda mayores esfuerzos teóricos para examinar de manera sistemática los diversos impactos económicos y sociales que tanto el proceso de ajuste macroeconómico como la reforma estructural han traído consigo y es particularmente necesario el estudio sistemático de la consecuencia, o inconsecuencia, entre lo que se esperaba de los procesos de reforma y sus resultados; sus costos sociales y económicos, así como analizar críticamente las políticas macroeconómicas aplicadas en las diversas etapas de las reformas, con el fin de

contribuir a la apertura de caminos al desarrollo futuro de la economía y la sociedad latinoamericana, a partir de la realidad que ha dejado la modalidad neoliberal.

Pero poco o nada se puede lograr en términos del desarrollo, concebido como la mejoría en la distribución del ingreso y la elevación sostenida del bienestar social en un ambiente democrático, sin dos requisitos fundamentales: la organización de la población para impulsar una vigorosa política de distribución de la riqueza y el ingreso, así como el impulso para la creación de un sistema de seguridad social universal, que entre otras cosas requiere la disposición de los recursos financieros necesarios para llevarla a cabo. Ambos aspectos tienen que ver con la consolidación de una democracia de nuevo tipo, que supere la mera democracia electoral y que signifique una mayor participación de la sociedad en la toma de las decisiones políticas y económicas.¹⁶

Por su parte, la necesidad de recursos tiene que ver con una nueva orientación de la política fiscal en donde los ingresos para financiar el sistema de seguridad social provengan fundamentalmente de la imposición a las ganancias del capital y los egresos se orienten a elevar la inversión en infraestructura productiva para acelerar la creación de empleos bien pagados y se logre construir un sistema universal de seguridad social.

¹⁶ O por decirlo de otra manera, tiene que ver con el arraigo que logre el concepto de desarrollo entre la población y «convertirse en fuerza material» capaz de superar tanto la democracia representativa (electoral) y el viejo concepto de desarrollo, que margina a la sociedad en el diseño y la dirección del proceso que lo concreta.

Otra fuente de recursos adicionales para estimular el crecimiento de la economía y consolidar y expandir el sistema de seguridad social, bien puede provenir, en los países exportadores de petróleo, de la renta petrolera derivada de los elevados precios que alcanza el crudo en los mercados internacionales, que sólo han servido, en México por lo menos, para cubrir los elevados costos del gasto corriente de los gobiernos neoliberales.

En fin, poco o nada se puede lograr en términos de desarrollo, concebido como la mejoría en la distribución del ingreso y una constante mejoría en el bienestar social de la población, sin dos requisitos fundamentales: el apoyo generalizado de la población a la política económica y social y la posibilidad de arrebatar al capital parte de sus ganancias para financiar el sistema de seguridad social universal. Ambos aspectos tiene que ver directamente con una nueva forma de democracia y su consolidación.

En todo caso, la compleja problemática provocada por la impotencia estratégica de la modalidad neoliberal para impulsar el crecimiento económico y el bienestar social, exige sin duda mayores esfuerzos teóricos para examinar de manera sistemática los diversos impactos económicos y sociales que tanto el proceso de ajuste macroeconómico de orientación al mercado ha traído consigo.

Resulta también, particularmente necesario, el estudio sistemático de la consecuencia o inconsecuencia entre lo que se esperaba de los procesos de reforma y sus resultados económicos; sus costos sociales y analizar críticamente las políticas macroeconómicas aplicadas en las diversas

etapas de las «reformas estructurales», con el fin de abrir caminos al desarrollo futuro de la economía y la sociedad, a partir de la realidad que ha dejado la modalidad neoliberal en América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

- Banco Mundial (2003). *Informe sobre el desarrollo mundial 2004. Panorama general. Servicios para los pobres*, Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento/Banco Mundial, Washington, USA. Sitio web: www.worldbank.org
- Betto, Frei (2005). *Desafíos a la nueva izquierda*, mimeo.
- Boltvinik, Julio (2006). «Desarrollo sin pobreza. Reforma social del Estado, primer paso para hacerlo posible», *Economía Moral, La Jornada*, 31 de marzo.
- Borón, Atilio y Julio Gambina (2004). «La tercera vía que no fue: reflexiones sobre la experiencia argentina», en John Saxe-Fernández (coordinador), *Tercera vía y neoliberalismo*, Siglo XXI Editores, México, pp. 129/177.
- CEPAL (2007). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *Panorama Social de América Latina 2006*, Santiago de Chile.
- Cetré, Moisés (2006). «Pobreza y distribución del ingreso en América Latina, Colombia y Bogotá», *Comercio Exterior*, Volumen 56, número 1, México, enero, pp. 33/40.
- Cordera Campos, Rolando y Leonardo Lomelí (2005). «Los temas del desarrollo», *Nexos*, número 330, México, pp. 21/24.
- Crawford, William Rex (1966). *El pensamiento latinoamericano de un siglo*, Limusa, México.
- Damm Arnal, Arturo (2006). «De la pobreza: la pregunta importante», *Este país*, número 179, México, febrero, pp. 28/29.
- Furtado, Celso (2007). «Los desafíos de la nueva generación» en Vidal, Gregorio y Arturo Guillén Romo (coordinadores). *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Homenaje a Celso Furtado*, Universidad Autónoma Metropolitana/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Buenos Aires, Argentina, 2007.
- Galindo, Luis Miguel y Jaime Ros (2006). «Banco de México: política monetaria de metas de inflación», *ECONOMÍAunam*, Volumen 3, número 9, pp. 82/88.
- Holloway, John (2004). *Clase-lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, Dirección de Fomento Editorial de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Jusidman, Clara (1996). Prólogo al libro de Bertha Lerner, *América Latina: los debates en política social, desigualdad y pobreza*, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, México.
- Marini, Ruy Mauro (1977). *Dialéctica de la dependencia*, Serie Popular Era, número 22, 3ª edición, México.
- Paz, Octavio (1994). *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Ramírez Martínez, Rosa María (1997). «La Historia: Ciencia o Ideología», *Ciencia y método: entre el control y la emancipación*, Universidad Autónoma del Estado de México, Colección: Hechos de Población, Toluca, México.
- Sader, Emir (2006). *La venganza de la historia. Hegemonía y contrahegemonía en la construcción de un nuevo mundo posible*, Ediciones ERA, México.
- Vidal, Gregorio y Arturo Guillén Romo (coordinadores) (2007). *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Homenaje a Celso Furtado*, Universidad Autónoma Metropolitana/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Buenos Aires, Argentina.
- Vilas, Carlos (2000.) «¿Más allá del 'Consenso de Washington'? Un enfoque desde la política de algunas propuestas del Banco Mundial», *Aportes*, Año V, número 15, Facultad de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, Septiembre-diciembre, pp. 33/69.
- Vitale, Luis (1979). *La formación social latinoamericana (1930-1978)*, Fontamara, Barcelona, España.